

---

de que el edificio de la cultura no es sólo de quienes lo planean, sino también de quienes han puesto cada piedra. Nadie es sin importancia, ninguno habría podido faltar, aun los enemigos han tenido su papel y su utilidad, lo esencial es que nuestro movimiento se hizo realidad, y que tuvo éxito porque se trabajó con altura, sin dejar perderse ninguna de las oportunidades que la marcha del país señalaba como favorables para el avance de la música. Este es el resumen de estos 50 años, que ojalá sean seguidos de otro medio siglo en que predomine el florecimiento de lo que las actuales generaciones entregan a la posteridad.

## LA RADIO

**E**L Gobierno acaba de tomar la iniciativa de llamar a las radio-emisoras nacionales hacia una mayor compostura. La Secretaría General de Gobierno, de cuyas oficinas depende el control de las radio-estaciones, ha impartido una serie de instrucciones que la prensa acogió unánimemente con aplauso. Numerosos artículos editoriales y colaboraciones, en forma perfectamente idéntica, señalan el estado deplorable en que se mueven nuestras ondas radiofónicas, puestas al servicio de una propaganda comercial que de día en día envilece el espíritu de los ciudadanos, alegando que para subsistir debe dar gusto a los auditores. Las cosas, sin embargo, no deberían haber llegado a esta emergencia si nuestros gobernantes hubiesen tenido un poco de visión, y no hubieran considerado los intereses de la cultura como exigencias superfluas, que el comercio aceptaría en las medidas de sus posibilidades, y que las oficinas del Gobierno irían estableciendo en forma paulatina. ¿Quién es el que va a provocar una quiebra o una cesantía so pretexto de motivos culturales? El mal de la vulgaridad ha echado raíces, ha creado intereses, ha producido tipos humanos especialistas, y cuando a esa gente se le dice que hace mal, hay hasta gremios que se mueven, políticos que se interesan, y sólo una mano poderosamente férrea puede llegar a la cirugía de un cáncer espiritual que se cierne sobre las generaciones futuras.

La radio es, sin lugar a duda, el descubrimiento más milagroso que se ha hecho desde que la imprenta fué conocida en el mundo occidental. Participa de la comunicatividad de la imprenta, con la ventaja que el libro maravilloso de la radio lo puede abrir cualquier individuo, aun el analfabeto; basta con accionar los controles para

---

que, en nuestra casa, en la casa de cualquiera, se oigan todas las voces del espacio, aun las que vienen del extranjero. Es todo el mundo que se agolpa ante nosotros, que obedece a la varilla de virtud de este aparato diabólico en que la tierra, hecha pequeña se resume de pronto. La radio, como medio de comunicación, aventaja al teléfono, aventaja al telégrafo y los supera en que ya no hay distancias y en que no existen medio materiales que se interpongan. No podemos hablar, es cierto, no podemos contradecir, sólo podemos escuchar y cuando algo nos fastidia, dejar de oír. Es una voz docente que se entra por todas partes, que se oye por las calles y que sólo podemos cambiar por otra voz, por otro maestro, porque la radio es como una cátedra que ignora hasta dónde el efecto de su palabra puede alcanzar. Por eso es que la radio tiene un poder único en nuestra actual civilización y bien lo saben todas las revoluciones, todos los dictadores cuando, lo primero, toman posesión de las estaciones de radio y crean en el acto una atmósfera determinada en el pueblo.

Este medio de comunicación, casi de brujería, pertenece en todas partes virtualmente al Estado. Las ondas le corresponden y sólo puede otorgarlas a particulares por períodos limitados y dentro de ciertas condiciones. En algunos países, el Estado se reserva la total operación de la radio; en otros, guardándose la mayor parte, permite la coexistencia de algunas iniciativas privadas; en otros países, se ha preferido entregar la explotación comercial de las ondas de radio a empresas particulares. Chile está entre estos últimos y, por desgracia, sufre las consecuencias de esta liberalidad que ya no puede tolerar.

Inglaterra es el modelo de los Estados que tuvieron previsión y larga vista. Seguramente, cuando las transmisiones se iniciaron, hubo quien meditó en las consecuencias públicas que el recurso de la radio presentaba y de un golpe comprendió los peligros que la onda entregada en manos del comerciante tenía que acarrear. La radio podía llegar a todos, aun a las casas más humildes, sus voces serían las primeras que oírían los niños junto a la de su madre, no era imaginable siquiera que un elemento de tamaño poder fuera entregado a la competencia del vendedor, para quien el único problema, la única razón, es vender y vender más. Por otra parte, si el Estado era el sólo dueño de la radio y la voz del Gobierno y de sus organismos, la única que escucharían los habitantes, era de suponer que un criterio político predominaría, y que también los destinos de la cultura serían supeditados por intereses, sin duda más

---

generales, pero no por eso en un momento menos interesados. Se discurrió, entonces, en la creación de la ya célebre B. B. C., corporación autónoma de cultura, sostenida por el Estado, pero independiente del Estado mismo. Es decir, se creó un mecanismo complementario de la educación pública, destinado por todos los medios, y con grandes recursos, a promover la cultura y a distribuir armónicamente las transmisiones entre funciones culturales, noticiosas, deportivas, entretenimientos, manifestaciones artísticas, etc., etc. El resultado lo tenemos patente y lo hemos visto durante la última guerra, cuando la B. B. C. era sin duda la onda que más se escuchaba en el mundo entero. ¿Qué habría sido de Gran Bretaña, en los aciagos días del blitz, si las ondas de la B. B. C. no hubiesen estado vigilando y comunicándose en todo momento con el pueblo y con los demás países? ¿Nos hemos olvidado ya de esa verdadera guerra radiofónica que se libraba en el mundo a fines de 1940? Buena parte del colosal esfuerzo de Gran Bretaña y de su triunfo se debe a la unidad que la B. B. C. asentó en todos los confines del Imperio.

Entre nosotros, la visión fué muy distinta. Los particulares pidieron las ondas, el Gobierno les puso algunas exigencias y reservas, y partieron en una carrera de competencia comercial, en que la naturaleza de la radio se perdió en la prostitución de un admirable recurso de la ciencia moderna. A lo más algunas medidas de seguridad interior, de política, parecieron urgentes; el resto, quedó entregado a la libre concurrencia, con una que otra «cadena» para que hablen las autoridades, y una esporádica y no muy feliz iniciativa de orden gubernamental que nuestra mentalidad rechazó durante el gobierno de Aguirre Cerda. A la cabeza del control radio-telefónico, se colocó pronto a la difunta Dirección General de Informaciones y Cultura (DIC) que fué, como alguien dijo, el archivero de «varios» de la administración pública, en donde se engranaron las oficinas más dispares, en un todo que jamás tuvo fisonomía, fuera de ser una oficina disimulada de propaganda política, y un organismo especializado en estropear la cultura. Allí había un Consejo destinado a supervigilar la radio, y en verdad ese Consejo no hizo nada y no podía hacer nada.

Las cosas han seguido idénticas desde que, disuelto el mencionado Consejo, la supervigilancia pasó a la Secretaría General de Gobierno, oficina que no tiene con las transmisiones radiales otra conexión que la que puede interesar a la marcha política del Estado.

La iniciativa que en estos momentos ha tomado la propia Se-

---

cretaría General de Gobierno, es el resultado de un clamor público que pide el mejoramiento, el saneamiento y, diríamos, la desinfección de nuestras transmisiones radiales. Basta sentarse una hora, cualquier hora, junto a un receptor, para tener el más triste panorama del pueblo chileno: todo lo más ordinario, lo más vulgar y falto de gusto aparece en varias partes a un tiempo, cocinando largas tiradas de propaganda comercial que a veces llegan hasta casi media hora en cada hora de transmisión. La música es la principal víctima de este desborde de vulgaridad. No hay respeto ni siquiera para las grandes obras de la producción universal. En medio de sinfonías y de los conciertos brandeburgueses, se anuncia ropa interior y ventas casi de baratillo. Junto a esto es menester escuchar el lenguaje zafio y basto de los locutores, la pronunciación deformada a la usanza de los tanguistas argentinos, y la pésima dicción y gramática que va corrompiendo el habla castellana de nuestro pueblo.

Todo esto es indiferente para la empresa tal o cual, que debe hacer la propaganda de un determinado producto y que, según sus encuestas, es escuchada por millones de personas. ¿Cómo podrá sostenerse si no así? ¿Cómo pagará a sus colaboradores si se le imponen transmisiones culturales que, es fábula, son fastidiosas e impopulares?

En buena hora el Ministerio de Educación ha puesto mano en el campo de la radio. Es menester volver por los fueros de la cultura y entender de una vez que la radio no es un simple medio explotable sino un territorio público, que no puede venderse ni estropearse sin estropear el alma de las generaciones venideras. Así como hay productos minerales que, una vez descubiertos, pasan por derecho a propiedad del Estado, así el campo radiofónico le pertenece, y no puede entregarlo sin lesionar los intereses de la colectividad, sin entregar a la más baja competencia la tarea de desmentir la acción educadora que la Constitución política encarga como atención preferente al Estado. Por eso es que hacemos votos por que, en alguna forma, sea frenada la actual organización de las empresas particulares, que se las encuadre en marcos estrictos, ya que salvo excepciones contadísimas, la radiodifusión en Chile es uno de los peores factores que detienen toda acción cultural en gran escala. Y no se argumente diciendo que las radioemisoras tienen unos cuantos programas culturales, o que cuentan con tal o cual excelente colaborador; los programas culturales son escasísimos en el panorama total, y la acción aislada de algunos buenos artistas, actores o conferenciantes, no es suficiente para contrarrestar un mal que alcanza hoy día proporciones incalculables.

D. S. C.